

# Las campesinas y el silencio



Quizá sean las campesinas los seres a quienes la historia ha impuesto mayor silencio. Serán las soledades de los llanos, o el recato obligado de su sexo, o la reticencia campesina, o la represión política, pero todo parece conjugarse para que vivan en el mundo del secreto. Habrá sin duda quien diga que su cercanía con la naturaleza es la que las lleva a expresarse no con palabras sino con actos. Pero el campesino también vive en la naturaleza y no ha sido tan callado.

No, el silencio, cuando no es deliberado (aunque, ¿quién nos asegura que no lo sea?) puede ser rabia o sabiduría o, simplemente, puede ser un gesto de dignidad. Si no hay un interlocutor válido, callo. Si no se quiere reconocer mi existencia, callo también. De la invisibilidad asignada a las mujeres en la historia, quizá las más invisibles de entre las invisibles han sido las campesinas.

Cuando no se permite la expresión directa, se pierde la posibilidad del conocimiento y este vacío, para no inquietarnos, lo poblamos de fantasmas. No es de sorprenderse, entonces, que el inconsciente mexicano esté poblado de mitos y estereotipos de la mujer campesina: la india sumisa producto del maternalismo condescendiente; la hembra bravía surgida de las fantasías y temores masculinos; la mujer desgarrada de los melodramas telenoveleros; la pueblerina medrosa y traicionera inventada por la mente urbana. El silencio se crea también por el deseo de todos de oír el discurso de las máscaras cuando nadie escucha lo que realmente se está tratando de decir.

Hoy día, parecería que a todo el mundo le preocupan las campesinas, pero a muy poca gente le interesan. Pequeña diferencia; y que se extiende también a todo el ámbito de relaciones dentro de la sociedad porque de ella nacen dos vertientes muy distintas: se puede hablar en nombre de cierto grupo, o se puede hablar por él. En el primer caso, se lleva una representación a un ámbito en el que, por alguna razón, generalmente por conocer el lenguaje de cierto

tipo de discurso, el interlocutor puede manejarse con facilidad. En el segundo caso, se está sustituyendo al protagonista y, al hacerlo, se crea una de las formas de control social más efectivas: tras el espejismo de la representación, se inhibe la expresión real.

Cuando hablan las campesinas es porque se ha hecho una rasgadura en la tela de sus tiempos: como dice Rigoberta Menchú, en su pueblo seguían calladamente su destino hasta que irrumpió la historia con la brutalidad de la represión en Guatemala. Y en Tlaxcala, Doña Natalia Teniza no se ha dejado silenciar: habla desde hace siglos y seguirá repitiendo que sí hay tierra que repartir para que los campesinos no se mueran de hambre, hay que luchar por ella. Doña Esperanza también nos habla así. Lo importante, hoy, como puede verse en el programa que describe Berta Hiriart, es crear espacios para que hablen las campesinas.

No es que las campesinas no hayan hablado nunca: es que nunca se han querido recoger sus palabras. Porque incomodan, cuando denuncian la explotación; porque inquietan, cuando despliegan un conocimiento hondo, desconocido para nosotras las ciudadinas, sobre el mundo natural; porque extrañan cuando describen una cosmovisión integralista del universo; y porque, siendo las suyas palabras de mujeres, no importan para la historia androcéntrica. De las marginadas, las más marginadas.

## ¿Quiénes son las campesinas?

Siempre que se habla de campesinas en México, la imagen que viene a la mente es la de una mujer bajita, sonriente, de trenzas y rebozo de bolita. Nada que ver con la altiva tehuana, ni con la yucateca

impecable; ya no se diga con las norteñas. A las ejidatarias de Monterrey les dicen “Las Millonarias” por lo que cuestan sus tierras, que han ido quedando en la zona urbana de Monterrey. Cargan pistola al cinto y dicen, “Primero, porque no nos vayan a quitar las tierras y luego, por los pelados”.

Sin duda, habría que hacer una caracterización por regiones de los distintos tipos de mujeres del campo en México, al igual que en otros países. Pero, ¿qué significa que en vez de hablar de norteñas, jarochas, tapatías o yucatecas hablemos de “campesinas”?

Ya se ha mostrado que el hecho de que a las mazahuas, las otomíes, las zapotecas, las nahuas y demás les llamemos “indias”, es un signo de poderío de origen colonial. Les borramos sus identidades lingüísticas y culturales y las metemos a todas en un mismo saco. El saco representa el acto intelectual de poder del vencedor que no “reconoce” al otro más que en su calidad de vencido. Así, la mujer nahua no me habla en una lengua sutil y matizada, con una cultura compleja de hondas raíces históricas; me habla como “india” y en tanto que tal, su lengua y su cultura no me importan, lo único que importa es su sumisión. De ahí que para los de la vieja casta, el peor defecto de la “india” haya sido siempre la insolencia: el acto puro de rebeldía contra el silencio impuesto.

¿Y cuándo hablamos de campesinas? Hay también un resabio de colonialismo cuando se usa en sentido peyorativo: lo campesino es lo atrasado, lo indolente, lo ineficiente. Pensando de esta manera se

cae en un pensamiento acogedoramente redondo: la crisis agrícola actual de México ha sido provocada por la indolencia, el atraso y la ineficiencia del campesino. Así, para empezar, y para acabar, se hace de la definición la causa y de la causa la definición. Cómodo, ¿verdad?

Pero hay también un significado más profundo al hablar de campesinas. Podemos decir que son campesinos aquellos grupos que han creado un modo de vida integral en base al cultivo de la tierra. Es, por cierto, un modo de vida más antiguo que la historia misma, esto es, la historia que empieza con la

escritura. Y por ahí se rumora, además, que fueron las mujeres quienes descubrieron la agricultura, mientras los hombres andaban en sus correrías, como siempre, cazando.

Pero en tiempos modernos hay algo de incongruente cuando se dice que los campesinos son quienes se dedican a la agricultura. Porque el definir a una actividad como especializada, divorciada de otras actividades sociales, políticas y culturales proviene de la mentalidad tecnológica dualista que separa al sujeto del objeto, enajenándolo. Es pensar lo campesino a partir de la fragmentación

intelectual de lo industrial urbano. De hecho, lo campesino se convierte en una especialización sólo a partir del momento en el que una sociedad industrial dominante opta por desconocer la complejidad histórica y social de la sociedad campesina para “reconocerla” únicamente como productora de alimentos.

Si nos escapamos de este marco urbanocéntrico, encontraremos que la mujer campesina no es sólo



Daniel Correa Rojo

agricultora o ama de casa: es el eje principal de un modo de vida que rechaza la parcialización característica de la sociedad industrial moderna. Desde esta perspectiva distinta, la crisis agrícola de México tendría que explicarse a partir de la resistencia deliberada (el éxodo rural, el abandono de la agricultura temporal, la baja productividad) de los campesinos a un sistema de mercado que destruye su integridad y que les quita constantemente la mayor parte de sus ganancias. Más complejo, ¿verdad?

### *Las campesinas y la crisis agraria en México y en América Latina*

Los síntomas de la crisis agraria y agrícola de nuestro subcontinente son muy claros y se mencionan hasta la saciedad: empobrecimiento de los campesinos, minifundismo, emigración hacia las ciudades y decrecimiento de la producción de alimentos. Sus causas, en cambio, son motivo de acalorado debate. No hay duda de que estos diversos aspectos se hallan vinculados, de una u otra manera, a un vasto proceso de transformación agraria que corresponde al desarrollo del capitalismo en el campo. Quienes se aferran a los resultados positivos de tal transformación, v. gr. el incremento de la productividad agrícola a través de la tecnificación y la acumulación de

capitales, insisten en que las mayores desigualdades económicas y sociales creadas son un paso amargo pero necesario y, sobre todo, temporal, en el proceso de desarrollo. Otros ven estas desigualdades como inherentes al capitalismo y se contentan con profetizar su derrumbe inminente. Pero el debate más importante es saber, dentro de este proceso, qué le aporta la economía campesina al sector capitalista, qué significan las Reformas Agrarias y qué alternativas de desarrollo campesino existen hacia el futuro. Desafortunadamente, ninguna de estas corrientes se ha preocupado por entender el papel que desempeñan las mujeres campesinas en estos procesos.

Y, sin embargo, las evidencias se han ido acumulando. El primer síntoma de presión sobre la economía campesina es la salida de las hijas a trabajar de sirvientas en las ciudades. Al contrario de lo que ocurre en países de África y Asia, pero concordando con lo sucedido en Europa durante el período de industrialización, en América Latina la migración hacia las ciudades ha sido preponderantemente femenina: a partir de 1950 cerca de cinco millones de mujeres rurales han emigrado hacia las ciudades y se han empleado en una proporción marcadamente mayoritaria en los servicios (que absorben a alrededor de 70 por ciento de las mujeres empleadas) y en el sector informal urbano. Así, la presencia de mujeres rurales ha sido central en tres de los procesos básicos del desarrollo dependiente de América Latina: el éxodo rural, la terciarización y la marginalidad.

Como miembro de una familia campesina cuyo ingreso cada vez es menor porque los procesos agrícolas siguen bajando, la mujer ha tenido que aumentar su carga de trabajo para compensar este déficit. Un caso típico es el de las mujeres de la región henequenera que describe Xóchitl Calderón en su artículo: el trabajo asalariado de las mujeres resulta vital para la sobrevivencia de las familias. En otros casos, se amplía la participación de las mujeres en el cultivo agrícola, con lo que se añade una jornada de trabajo adicional a su trabajo doméstico no remunerado. Y pueden llegar a acumular una tercera jornada en los casos en que, además de las labores anteriores, se emplea como asalariada en la localidad. También ocurre a raíz de la emigración estacional o temporal del esposo, que la mujer tome en sus manos la conducción de todo el proceso productivo. Esto sin que pueda contar con el apoyo técnico y crediticio que aportan las instituciones.

Como trabajadora asalariada en el campo y en las maquiladoras, la mujer logra cierta independencia económica, pero se enfrenta a patrones que la emplean porque es más explotable que el hombre: por su falta de protección legal y sindical, por su posición



Rotmi Enciso



Frida Hartz

Programa Nacional de Integración de la Mujer al Desarrollo (PRONAM) vinculado al Consejo Nacional de Población (CONAPO). Varios proyectos cooperativos con mujeres campesinas que funcionan con entusiasmo y viabilidad serán nuevamente abandonados, propiciando, otra vez, la desconfianza y el alejamiento de las participantes campesinas.

### *Los sentidos y los temores*

Se aduce con frecuencia que las mujeres campesinas no tienen una noción de sí mismas como mujeres. Habría que matizar: ¿se trata de que no

discriminada en el mercado de trabajo y por la docilidad que le imponen las normas sociales de conducta. Se enfrenta, además, a un mercado de trabajo eventual, fluctuante y muchas veces controlado por enganchadores e intermediarios que exigen favores sexuales a cambio de encontrarles empleo. Por otra parte, los cambios positivos que se esperarían en la relación de mujeres y hombres por la mayor independencia económica de la mujer, no son del todo evidentes, como muestra Marta Roldán en el caso de las obreras de las agroindustrias de Sinaloa.

¿Cuál sería entonces una alternativa para proporcionar empleo a las mujeres campesinas? Idealmente, se coincide en que lo más conveniente es crearles empleos agroindustriales en empresas de capital social, en las que ellas mismas puedan ser socias. Es lo que se intentó a través del Programa de Unidades Agrícolas Industriales de la Mujer (UAIM) en los dos últimos sexenios en México. Pero Teresita de Barbieri, en su artículo, muestra lo difícil que resulta llevar una intención programática a la práctica en una maraña de intereses económicos, políticos, burocráticos y personalistas. Actualmente, la Subsecretaría de Organización Agrícola de la Secretaría de la Reforma Agraria se ha propuesto impulsar nuevamente las UAIM dentro de un programa amplio de Participación de la Mujer en el Desarrollo Rural.

Por cierto que hay que dejar asentada una protesta por el desperdicio innecesario de recursos que significó el que cayera la guillotina sexenal sobre el

tienen conciencia de ser o, que es totalmente distinto, que no muestran una conciencia individualista? Pero lo que resultaría absurdo sería tratar de calificar sustancialmente la conciencia de otros. No hay manera de evadir la conciencia de ser desde el día en que uno se pregunta qué hace en la tierra. La religión, la magia, los actos propiciatorios, los ritos y las mitologías son fruto de esa pregunta, y la cultura campesina es rica precisamente en estos aspectos. Lo que pasa es que la respuesta que dan las campesinas, en sus muy diversas culturas, es distinta a la que propone la cultura occidental racionalista e individualista.

Dentro de la gama amplia de filosofías integralistas de las campesinas, el "ser" no es exclusivo a lo humano, y cada componente deriva su existencia de su correspondencia dentro del conjunto. El ser es el conjunto. De ahí que les sea difícil entender un feminismo que aboga por un fragmento del conjunto, por ellas mismas. Y, sin embargo, son mujeres, y podemos entender sus sentimientos y temores sobre la menstruación, la virginidad, -como muestra Guadalupe Musalem en los testimonios de las Huaves- y las experiencias de relaciones maritales, partos y violencia sexual. Y la violación puede nombrarse en mil lenguas distintas pero sigue siendo violación.

Como siempre, irremediabilmente al parecer, hemos llegado al mismo punto: que hay tanto que necesitamos todavía saber para poder conocer, y, más todavía, para poder reconocer. El romper el silencio, como ya se ha dicho muchas veces, es un primer paso.